

ABC de la Batalla Defensiva

Por
Generalísimo F. FRANCO

PRIMERA PARTE LA BATALLA DEFENSIVA

A los más:

La categoría a historia de quien suscribe este estudio bastaría, sin duda a encarecer su importancia; mas no estará de más aclarar con unas palabras la decepción de quienes imaginasen encontrar altas concepciones estratégicas o elevadas especulaciones tácticas, útiles a tan pocos, el estratega nace; el Jefe se hace, y poco importaría la alta calidad y capitación de los Mandos Superiores si faltase la adecuada y depurada doctrina que presida a todos los escalones. No pueden construirse grandes obras con materiales deleznable. Son los errores tácticos del campo de batalla los que malbaratan las mejores concepciones y originan frecuentemente los desastres.

Tres años de lucha para imponer esta doctrina y recoger los óptimos frutos, depurada, más tarde, por la observación durante cinco años de los errores ajenos, justifican la sencillez intrínseca de este trabajo. No en vano la táctica necesita ser: <<claridad y sencillez>>.

El Autor

IMPORTANCIA DE LA BATALLA DEFENSIVA.

La defensiva tiene una importancia capital, pues aunque la ofensiva es la que decide y otorga la victoria, y en los Ejércitos debe reinar este espíritu ofensivo, la defensiva constituye el medio eficaz de hacer posible la ofensiva en el lugar elegido. El sector de la ofensiva ocupa sólo una parte alícuota del frente. Por otra parte, como no se puede estar siempre avanzando, los combates ofensivos están separados por estacionamientos en que las tropas se establecen en defensiva.

La defensiva, por el poder tan enorme de las armas, tiene una importancia mucho mayor que la que ahora se le ha dado. Si una fuerza en campo abierto podía, hace algunos años, enfrentarse con los medios de combate de entonces, la potencia y el blindaje de los medios modernos le obliga a enterrarse para mejor resistir y poner a contribución la agudeza de su ingenio para sacar el máximo partido de las armas y el terreno.

Si el sistema defensivo es malo y cede al primer empuje, se habrá desbaratado y puesto en peligro la ofensiva.

Un buen sistema defensivo permite aniquilar al atacante y facilitar el pasar, como consecuencia de ello, rápidamente a la ofensiva.

Si las situaciones defensivas ocupan un extenso lugar en la guerra moderna y la acción destructora de las nuevas armas es tan importante, por ello encarece la transcendencia de poseer una doctrina perfectamente depurada.

LA DEFENSIVA EN LA ACTUAL CONTIENDA

Si se examinan la mayoría de las batallas defensivas libradas, ya sea en los Balcanes, en los frentes rusos, en el africano y en las costas francesas, en todos se observa la falta de una acertada doctrina defensiva frente a los medios y a las armas modernas. Empezando por los viejos fortines griegos, que coronando las cumbres de las montañas parecían estar pidiendo la concentración eficaz de los materiales pesados; siguiendo por los fuertes belgas, con una concentración y densidad de elementos que facilitaban los

bombardeos aéreos, y continuando con los trincherones de los frentes ruso y africano, por dondequiera que se extienda la vista, se observa una mala doctrina defensiva que ha hecho pagar a muy duros precios los errores.

¿Es que los artificios modernos, las masas de tanques, las unidades motorizadas y las grandes masas de aviación no tienen quien las pare? Nada más lejos de la realidad; por potentes que estas armas sean, siempre existe el medio eficaz de combatirlos, de obligar al infante a que tenga que tomar el terreno metro a metro y que se deje en el camino a millares de muertos que conviertan el ataque en caro e ineficaz. Al compás que aumenta la potencia de los medios blindados, surgen nuevas armas eficaces para combatirlos. Si la acción de una masa de tanques pesados aparece como impresionante por su potencia y efectos morales, sin embargo, esta acción, temible ante una fuerza desmoralizada, cambia totalmente ante una Infantería bien dotada y con elevada moral.

Nuevos artificios han logrado aumentar su vulnerabilidad, y aparte de la acción eficaz de la aviación y la artillería, la Infantería moderna dispone hoy de medios eficaces para su destrucción, el mortero antitanque de granadas huecas e impulsión por cohete, la bomba magnética, los lanzlíquidos inflamables y los proyectiles de mortero y granadas de mano bien conjugados permiten a los grupos de asalto de la infantería su victoria segura sobre los tanques. Armas todas fáciles de fabricación en elevado número. Y no hablo con intención de los cañones anticarro de 75, porque, no obstante su eficacia, su vulnerabilidad en el tiro directo y el peso los hace inadaptables para unidades de infantería, so pena de perder sus características maniobreras.

Contra los tanques ya existen las armas; sólo hay que crear la táctica y el espíritu.

El defecto principal que a primera vista se aprecia hoy en el campo de los beligerantes está en el apego a los órdenes lineales en vez de adoptar los sistemas profundos, tanto más necesarios cuanto mayor sea la capacidad de penetración de los Ejércitos modernos y su potencia para la ruptura. El Arte de la Guerra facilita las soluciones a este ingente problema de la dosificación de las fuerzas en el frente y su dispositivo adecuado en profundidad; sin embargo, ni en el frente ruso ni en el francés existió el orden profundo ni las reservas que hicieran posible la maniobra. En muchos lugares vemos a miles de hombres caer prisioneros de sus enemigos y no por falta colectiva de moral, destacada como alta en la mayoría de las anteriores situaciones, sino porque el dispositivo defensivo hizo inútil e ineficaz la resistencia de estos contingentes, materialmente aplastados por las concentraciones artilleras o los intensos bombardeos enemigos.

Cuando hace algunos años tuve noticias, por persona autorizada francesa, de la constitución táctica de la línea Maginot, mi reacción natural fue definirla como “una hermosa ratonera para un Ejército”; pasados pocos años, la línea Maginot siguió la suerte de la mayoría de los fuertes belgas.

DEFINICIÓN

¿Cuáles han de ser las características de un sistema defensivo? Vamos a tratar de definirlo. La batalla defensiva es una batalla preconcebida, preparada de antemano con tiempo y espacio para sacarle a la organización del terreno todo el partido que el Arte de la Guerra y la táctica nos ofrecen, mejorando y haciendo efectivos los obstáculos y preparando concienzudamente el sistema de fuegos que han de aniquilar al enemigo.

Como el objetivo que se persigue con la guerra es destruir al Ejército enemigo, el fin de la batalla defensiva es la destrucción de las fuerzas atacantes. En la mayoría de los casos nos es indiferente que la batalla se desarrolle dos kilómetros antes o cuatro después; lo que nos interesa es que la batalla no se pierda y podamos destruir, y si es posible aniquilar, a las tropas que se nos enfrentan.

ELECCIÓN DEL CAMPO DE BATALLA.

La elección de campo de batalla es, pues, el primer acto de la defensiva y el que ha de presidir sobre cualquier otra clase de consideraciones.

Cuanto más se modernicen los Ejércitos, más sujetos están a la red de comunicaciones. No se pueden dar grandes batallas sin vías de comunicaciones, que las alimenten, y las batallas son tanto más difíciles cuanto más duro y accidentado es el terreno.

No quiere esto decir que no se pueda combatir en toda clase de terrenos y que las fuerzas militares no superen las mayores asperezas que la naturaleza les ofrezca; pero las grandes batallas, las principales, aquellas que permiten una penetración y el cobro de la victoria, se darán siempre a caballo de las vías de comunicación; de aquí que las vías de penetración constituyen los ejes para el ataque de los Ejércitos.

De aquí se deduce que los campos de batalla principales hemos de buscarlos en estas vías de penetración, como en ellas ha de situarse el centro de gravedad de nuestras tropas.

La viabilidad del terreno y la facilidad de moverse por él las distintas Armas asignan un determinado valor a sus características tácticas, que pasa de las grandes posibilidades del terreno llano u ondulado durante el buen tiempo hasta montañosos y ásperos, sólo aptos para acciones secundarias y tropas de montaña.

El estudio, pues, del terreno nos señalará la importancia de cada una de estas zonas, y teniendo en cuenta las características de las tropas atacantes, la importancia de la organización que deban cubrir las o vigilarlas.

Aquí vemos a la batalla defensiva definirse en un sentido de profundidad sobre los ejes donde ha de recibir los ataques principales y de un orden mucho menos denso en las zonas de terreno más ásperos y duros.

Una primera decisión se ve nos es necesaria en la organización defensiva: primero, señalar el lugar del campo de batalla donde queremos parar y aniquilar al enemigo, y en ella definir la zona de importancia capital a la que hayamos de dar la mayoría de los medios y aquellas otras de importancia y de atención secundarias.

Tomada esta decisión, ya se puede pasar al campo de la organización táctica del terreno; mas antes de entrar en ella hemos de recordar las características a que se ha de sujetar la elección del campo de batalla.

Existen unos imperativos políticos que nos llevan procurar que nuestro campo de batalla se establezca en forma que ceda la menor cantidad posible del territorio nacional o propio al enemigo; pero siendo el fin principal la propia batalla, aquellas circunstancias deben subordinarse a ésta, manteniendo si es posible, una línea de puestos avanzados lo más próximos a la zona frontera, pero llevando la posición de resistencia al lugar indicado para lograr con la batalla el aniquilamiento del enemigo.

Muchas son las consideraciones que pueden pasar en la elección de una posición defensiva; las principales son de dos órdenes; activo y pasivo; en el orden activo, mantener en nuestro poder los observatorios principales y los cruces de comunicaciones que nos permitan la eficacia de nuestros fuegos y los movimientos de nuestras tropas, y en el pasivo, el hacer efectivos aquellos obstáculos que la naturaleza nos ofrezca, con el fin de dificultar la maniobra enemiga y a ser posible, aniquilarla durante ella y privarle, a su vez, de las vías de comunicación.

Fijados, pues por el General del Ejército los medios de comunicaciones y observatorios que han de quedar en nuestro poder y los obstáculos que han de hacerse efectivos, la elección del campo de batalla queda circunscrita a un espacio ya limitado por aquellos imperativos. Nuestro campo de batalla ha de quedar bajo las vistas de nuestros observatorios, o sea en condiciones óptimas para el fuego de nuestra artillería y escapar, en cambio, a la observación enemiga.

En esta parte de la decisión del Jefe, en la batalla defensiva, al fijar el límite anterior en la posición de resistencia y la densidad y profundidad de sus distintas zonas principales y secundarias, descansa toda la eficacia del sistema, y que unque se trate de doctrina vieja, que debe ser conocida, la práctica nos dice se olvida con harta facilidad.

El aumento de potencia de las armas no hace más que destacar y valorar la importancia de esta parte de la decisión del Jefe.

Todo lo que se ve, se destruye; la precisión de cañones y morteros permite cada día llevar a cabo concentraciones más grandes y perfectas de los fuegos de artillería. La potencia destructora de la aviación ha introducido en el campo de batalla un nuevo factor importantísimo, tanto más eficaz cuanto más concentradas se presenten las organizaciones o se hallen las tropas más al descubierto; ante su enorme potencia, sólo puede oponerse con eficacia la diseminación de los elementos y la cobertura por los grandes espesores del terreno.

De aquí que la solución óptima sea bien clara: escapar a la vista de los observatorios artilleros y diseminar las fuerzas y cubrirlas, aprovechando los accidentes y las irregularidades del terreno.

Resumiendo: la decisión del Jefe se reduce a buscar para emplazamiento de su posición aquella zona del terreno oculta a los observatorios enemigos, y bajo las vistas de los propios, que ofrezca, con la posibilidad de hacer efectivos los obstáculos, el máximo de abrigo para las obras de defensa.

Lo que hemos dicho para las zonas principales tiene su aplicación en las secundarias; en éstas, por su falta de vías de comunicación, los ataques deben ser de menor intensidad; por ello bastará muchas veces algunos puntos de apoyo muy abiertos y escalonados, para hacer imposible la progresión y obligar al enemigo a montar un combate, que no podrá llevar a cabo más que en condiciones precarias.

La necesidad de bastarse con los propios medios, sin distraer fuerzas a la zona principal, impone el hurtar también nuestros elementos de resistencia de la vista de los observatorios enemigos y establecerse la mayoría de las veces en las contrapendientes. Es necesario, en asunto tan interesante, el sentar una unidad de doctrina y el inculcarla en los subordinados.

A la ojeada y pericia táctica del Jefe queda encomendada la solución de este sencillo y ya circunscrito problema.

Los errores se pagan hoy, en el campo de batalla, a precio de derrota; por ello, se hace indispensable la capacidad y la ojeada táctica del Jefe para no despreciar ninguno de los recursos que la naturaleza puede ofrecerle. Si la defensiva es una batalla preconcebida, no debe dejarse nada al azar ni para última hora. La guerra alcanza dimensiones insospechados, y los bombardeos aéreos harán muchas veces fallar las concentraciones planeadas con la destrucción de vías y medios de transporte. Es necesario que pase lo que pase, la precisión alcance el más alto grado y nada queda a un azar previsible.

DOSIFICACIÓN DE LAS FUERZAS.

Elegida la zona en que haya de organizarse la resistencia, teniendo en cuenta aquellas premisas, un segundo problema se presenta a la resolución del Jefe, cual es el de la dosificación de fuerzas; repartir los medios entre la zona principal del ataque, las secundarias y las reservas.

Hemos de insistir en este punto por demostrar la práctica la frecuencia con que por una excesiva preocupación del Jefe, ante la desproporción entre la zona a cubrir y los medios propios, acaba arrastrándole a asignar a las zonas secundarias medios excesivos, con perjuicio de la principal o quedarse sin reservas.

La acción del Jefe se ejerce una vez efectuado el despliegue con las reservas y la artillería, y si carece de ellas, pasa de ser jefe a convertirse en un simple espectador de la batalla, pues le faltarán los medios para intervenir en ella y salir al paso de los imprevistos. No hay que olvidar jamás que la batalla defensiva sube de tono al poder elegir el enemigo el punto de ataque. Podríamos materializar el caso comparándolo con el de un carpintero que recibiese una cantidad de madera para cerrar un espacio. Si la madera de que dispone se distribuye en tablas de igual espesor habrá cubierto aparentemente el hueco; pero el atacante que concentra sus golpes en un punto, lo romperá al primer envite; si, en cambio, el carpintero discrimina la zona en que pueden hacerle un gran esfuerzo y aquella otra en que tiene que ser más débil, y asigna diferente espesor de madera a una y otra, se habrá acercado a la solución; mas si previamente ha separado de la madera un tercio o un cuarto para tener dispuestos unos rollizos para apuntalar los puntos en que pueda recibir los golpes, evidentemente habrá asegurado, en la mejor forma, el frente contra la ruptura.

Pues esto mismo hace el Jefe que distribuye por igual sus tropas; es como el mal carpintero que ha gastado toda su madera en tablas.

La guerra es puro dinamismo; en ella nada permanece estático; los contendientes ponen a contribución la inteligencia, para asestar los más duros golpes. Hay que estar siempre dispuesto para salir al paso de lo imprevisto, para explotar los errores enemigos y, maniobrando, derrotarle. De aquí la importancia para el Mando que tiene la usura de los medios, no asignar a cada lugar más que los necesarios sin detrimento del conjunto. El despilfarro de tropas es ventaja que se otorga al enemigo. Hay que ser superior en el sitio preciso, y pesar en él con la mayoría de los medios. Pasada la crisis o despejado el peligro, la recuperación de las reservas es obligada; ni un momento deben estar las fuerzas embebidas en el frente.

El Jefe ha de tener carácter para imponerse a sus inferiores; el egoísmo de éstos podría arrastrarnos a la derrota. El Mando no debe dejarse impresionar por las peticiones de los escalones inferiores, a los que sus medios siempre parecerán escasos ante lo desconocido. Hay que llevar el ánimo de todos que sólo son una parte alcuota de un conjunto y que las reservas constituyen para todos la más fuerte de las garantías.

No es el número de fuerzas, sino su sabia ordenación, lo que da su verdadera fortaleza.

La usura de fuerzas constituye una principal preocupación en el buen Jefe.

FUEGO, TERRENO Y RESERVAS.

Dicen nuestros reglamentos tácticos que el éxito de la defensa reside en tres cosas: perfecto sistema de fuegos, aprovechamiento del terreno y empleo rápido y oportuno de las reservas.

Siendo la zona de fuegos combinados de la Artillería y la Infantería la más eficaz de nuestro dispositivo de fuegos, se encarece la importancia de que el campo en que se libra la batalla quede bajo la vista de nuestros observatorios y que las armas de Infantería pueden desarrollar la potencia máxima de sus fuegos, que tiene lugar a las distancias medias y cortas y en los fuegos rasantes y de flanco. Circunstancias que dependen de un perfecto empleo del terreno, ya que el buen uso de éste es el que nos ha de permitir alcanzar estas condiciones óptimas.

La utilización del terreno es el medio más eficaz en que se apoya la batalla.

La fortificación no cambia las formas generales del terreno, sino que las explota y aprovecha; la vulnerabilidad del hombre entre los medios destructores modernos se disminuye notablemente con el empleo de la fortificación.

Los observatorios hacen que nuestros fuegos sean corregidos y eficaces; los barrancos, grutas, desigualdades y contrapendientes favorecen nuestra progresión, disminuyendo

los efectos del fuego enemigo; los obstáculos, cursos de agua cortados, nos protegen contra la irrupción de los medios acorazados, y el terreno nos permite abrigarnos en trincheras o construir cavernas que nos protejan de los fuegos eficaces del enemigo, así como dar a los nuestros toda la potencia y eficacia.

Si en todos los tiempos tuvo una importancia grande y decisiva el estudio del terreno, hoy lo tiene mucho mayor, ya que constituye el casi único medio de escapar a la potencia de las armas.

Si un día decíamos que <<el concepto del terreno varía con la evolución de las armas y los sistemas de combate>>, al perfeccionarse de tal forma las armas y los medios de ataque y destrucción, el estudio y aprovechamiento del terreno tiene un valor mucho más alto.

Si hemos de lograr, como establecen nuestros reglamentos, de la combinación de fuegos y terreno al máximo rendimiento, hemos de pensar y no perder de vista, que este máximo rendimiento ha de tener lugar después de la máxima concentración de elementos terrestres y aéreos que el enemigo puede volcar sobre el punto elegido para la rotura.

Y he aquí como destaca la calidad del jefe y la preparación del Oficial para saber valorar y no perder de vista estos imperativos. La solidez de una obra disminuye al compás que aumenta la potencia de los artificios modernos de combate. La artillería gruesa, los morteros y la aviación machacan materialmente las organizaciones defensivas. Ante ellas, sólo puede encontrarse solidez en la diseminación de los elementos, en su enterramiento, y un mejor, en su organización bajo grandes masas cubridoras del terreno. La solidez y profundidad que nuestros Reglamentos señalan para la organización defensiva tiene que ser la mayor posible.

Toma tanta importancia la solidez de la obra ante este peligro de los artificios nuevos, que vale la pena ceder en eficacia del plan de fuego para ganar el dispositivo en solidez, ya que sin ella el sistema de fuegos quedará probablemente inédito.

Mas he aquí que la tercera condición del empleo rápido y oportuno de las reservas, tan esencial para el restablecimiento de la situación, se puede ver muy dificultado y a veces anulado por los bombardeos y concentraciones aéreas. No es indiferente el que las reservas estén frescas para su intervención en la batalla, ni mucho menos que su situación les permita intervenir rápida y oportunamente. De aquí el que el emplazamiento y abrigo de las reservas constituya una parte importante de la organización de un sistema defensivo.

Las reservas constituyen en la batalla defensiva la base de la maniobra. Ante un sistema defensivo profundo, a caballo de las líneas de penetración, el enemigo tratará de desbordarlo y de envolverlo; estos son los momentos propicios a la maniobra de las reservas y al aniquilamiento por el contraataque, lo que es posible si se dispone de reservas y el Jefe mantiene en su mano los fuegos de la artillería.

ORGANIZACIÓN DEL TERRENO.

Sentados estos principios generales, ya se puede pasar al campo de la organización táctica del terreno. Señalada por el Mando, en grandes líneas, la posición de resistencia; señalados los observatorios, obstáculo que ha de hacerse efectivo, y comunicaciones que han de quedar en nuestro poder, y determinada por el General de la División la línea exterior de la posición de resistencia, vamos a entrar en el análisis de las características que ha de adoptar.

Mas antes de pasar adelante, conviene rechazar la expresión usualmente empleada, de línea principal de resistencia y de posición de resistencia, para insistir en el concepto de zona de resistencia o campo atrincherado, más en consonancia con los que debe ser una

fortificación moderna, ya que por desgracia, se peca demasiado de los órdenes lineales frente al sistema profundo que exigen los medios modernos y preconiza la táctica.

Hemos visto que dos medios existen para escapar a la acción de los fuegos eficaces del enemigo: uno, el que nuestra posición cumpla aquella establecida en primer lugar por nuestros reglamentos tácticos de estar en cuanto sea posible oculto a los observatorios enemigos, y otro, el fraccionamiento y dispersión de los elementos que eviten la destrucción simultánea de varios de ellos exigiendo de la artillería, así como de la aviación, para ser destruidos, un esfuerzo tan considerable y una densidad de fuegos que, a ser posible, no pueda entrar dentro de sus cálculos.

Si sumamos estas dos circunstancias de ocultar la zona fortificada a los observatorios, y al mismo tiempo la dispersamos en frente y profundidad, medidas que vemos son ambas compatibles, habemos asegurado a las fuerzas que la guarnezcan el máximo de seguridad para no ser destruidas y que sobrevivan al fuego preparatorio del enemigo.

Una tercera condición puede sumarse a las dos anteriores, y es la que facilita la estructura de cada uno de los elementos de que se compone la posición de resistencia. Si aisladamente estos pueden resistir a la mayoría de los fuegos que el enemigo le dirija, o al menos disminuir o localizar sus efectos, se habrá ganado mucho en el éxito de la defensa.

El empleo en gran escala de la aviación como arma del campo de batalla aumenta la importancia de la desenfilar de las vistas por aprovechamiento de las sombras del terreno y de sus zonas de bosques. En esta persecución de la invisibilidad ante los medios aéreos destaca la importancia de un perfecto enmascaramiento, olvidado en gran escala por los beligerantes de la actual contienda.

¿Cómo podemos realizar este desideratum en el orden defensivo? Vamos a aclararlo. Su solución no es fruto de la improvisación, sino resultado de treinta y cinco años de experiencia. Ha sido practicado con éxito indiscutible durante nuestra Cruzada, y de haberse empleado por los beligerantes de la presente guerra en sus situaciones defensivas, hubiera ahorrado millones de bajas al defensor y acrecentado considerablemente las del atacante.

EL PELOTÓN, CÉLULA DE LA ORGANIZACIÓN DEFENSIVA.

La Infantería es la fuerza viviente que guarnece la posición de resistencia y que hemos de conservar íntegra para el momento del choque. Sus Reglamentos, hace muchos años, como consecuencia de la pasada Gran Guerra, acogieron al pelotón de combate como célula básica de la Infantería. El pelotón, con sus dos elementos de fuego y de choque, reúne las características necesarias para la acción aislada. Por ello, en esta dispersión de elementos a que nos obliga la guerra moderna que debemos llevar a un extremo compatible con la eficacia, aparece el pelotón como órgano mínimo o célula de combate sobre el que debemos constituir nuestro sistema defensivo.

La razón del pelotón, como órgano básico de la organización defensiva no es una solución caprichosa al problema de fortificación. No puede ser inferior la célula de la Infantería. En él se integran los dos elementos de fuego y de choque que no pueden subsistir separados, y en el futuro, dada la importancia y número de los sistemas blindados que tomarán parte en el asalto, parece que el mortero anticarro y granada hueca y puntería directa, los lanza líquidos inflamables y las granadas de mano fumígenas vendrán a tomar parte de naturaleza entre el armamento de la Infantería y formarán parte integrante de estos pelotones.

Concentración de fuerzas por elementos superiores al pelotón tampoco parece prudente, por la conveniencia de localizar los efectos y cumplir el principio establecido de buscar la máxima dispersión compatible con la eficacia.

Si aceptamos la definición de la organización del terreno de ser la inscripción de un sistema de combate en el terreno, y si el sistema táctico para el Batallón de la Infantería esté constituido por sus pelotones en orden escaqueado en un frente de 1000 metros por otros 1000 a 1200 de fondo, vemos que la estructura general de una fortificación estará compuesta de 18 a 24 elementos de pelotón, ordenados en orden escaqueado en frente y fondo, que se flanquean mutuamente.

Si conseguimos lograr la estructura más favorable para la fortificación que hayan de ocupar estos pelotones, habremos resuelto, al multiplicarlo por veinticuatro, al problema de nuestra organización defensiva.

De todos los estudios, sistemas o procedimientos de que el ingenio humano se ha valido para resolver el problema de la fortificación, siempre han tenido primacía los más sencillos y elementales.

Por ello, debemos huir en su estructura de toda clase de lucubraciones técnicas, formas y perfiles que complican lo que debe aproximarse lo más posible a la fortificación del campo de batalla.

Cuanto más progresa el poder de las armas, más indispensables se ha hecho el enterramiento de las obras, el buscar la masa de terreno y su compacidad como elemento primordial para la defensa de nuestros hombres.

El elemento constituido por la trinchera sigue estando por ello su primacía, aunque la mayoría de los casos se haya olvidado el adaptarla a los sistemas modernos de combate.

En nuestra Cruzada demostró su eficacia aquel sistema escaqueado que preconizamos de pelotones organizados en un pequeño espacio, en el que, por la separación y compartimiento de los hombres distribuidos por parejas en un semicírculo, unidos con el Puesto de Mando del Jefe de Pelotón, colocado en su centro, se localizaban efectos y disminuía de manera notable la eficacia de los fuegos enemigos, incluso la de los morteros de trinchera.

Para obras ligeras y rápidas, se destaca este sistema como insustituible y totalmente eficaz; para cuando se dispone de tiempo la obra ha de tener un carácter de estabilidad o permanencia, entonces el cemento y el hierro nos permiten perfeccionar el sistema, dándole mayor seguridad y haciendo más eficaz la acción del Jefe de pelotón sobre sus subordinados.

La trinchera para hombre en pie de un metro veinte centímetros de anchura, revestida de cemento, con arpilleras corridas y cubiertas con una losa de hormigón, sin que sus espesores en ningún caso rebasen en el techo los 60 centímetros, más que suficientes para resistir las explosiones de los cañones y morteros que constituyen el núcleo de las armas, aparece como más adecuada; trinchera de 12 metros de longitud que, articulada en su centro para permitirse adaptarse a los distintos terrenos, se encuentra rematada en sus extremos y en el ángulo de sus frentes con tres semicírculos cubiertos también para el emplazamiento de las armas ametralladoras.

La subdivisión en tramos de un metro cincuenta facilita su construcción y permita localizar las vibraciones producidas por los impactos de cañón.

Cuando se trate de establecer morteros, éstos pueden actuar arrimados al muro posterior o en un tambor sin cubierta, construido para este fin, adosado al muro de retaguardia.

Unas escotaduras en la cubierta en la línea del muro de retaguardia facilitan el efectuar los lanzamientos de granadas.

Estos elementos de sencillísima construcción y gran resistencia susceptibles de su defensa aislada en todas direcciones, enmascarados del color del terreno, constituyen la base de la fortificación preconizada.

Otro elemento de primerísimo orden en la organización del terreno a conjugar con los anteriores, lo constituyen las cuevas o cavernas, que deben utilizarse en cuantas

ocasiones sean posibles. A ello se prestan notablemente los terrenos montañosos y cortados de nuestra nación con sus afloraciones rocosas, cuando el terreno es compacto y grande su espesor sobre la caverna, ésta permanece invulnerable a los fuegos de la artillería y de la aviación. Un parapeto aspillerado de cemento y piedra completa la obra para un frente.

La dispersión de los elementos que integran el pelotón debe condenarse; el pelotón encierra en si una fuerza material una fuerza moral; ametralladoras y fusileros granaderos se complementan, se imprimen confianza mutua, forman un todo defendible, con sus propios medios en todas direcciones; el muerto o el herido encuentran inmediatamente sustitución y cura; la presencia del Jefe de pelotón es notoria para todos los hombres; nadie puede escapar a su voz y a su mando.

Los puestos aislados o diseminados dentro del pelotón requieren soldados de moral extraordinaria. La guerra es ya por si dura y difícil, para que la dificultemos más; debemos poner a nuestros hombres en condiciones más fáciles de vencer.

Las armas especiales, ametralladoras, morteros, cañones de Infantería, deben incluirse en las de los pelotones, o, por su proximidad, recibir de ellos protección y calor.

Un pelotón en estas condiciones es muy difícil de batir, y cuando se desencadena el asalto, basta que alguna de estas obras permanezca, para hacer imposible al enemigo la posesión del terreno.

Obras en estas condiciones, con órdenes de resistir a toda costa, no darían el triste espectáculo de millares de hombres que se entregan sin hacer fuego al enemigo, negando el tributo en sangre a que la defensiva tiene derecho. Mientras quede un puesto del dispositivo defensivo entero, no hay victoria para el atacante. En esto se fundamenta la torre del homenaje de nuestras viejas fortificaciones; demolidos los lienzos de la fortaleza, asaltada y coronada ésta por los asaltantes, se reunían los supervivientes en la torre, donde continuaba la defensa y hacían efectiva la resistencia.

Más tarde fue sustituida en las grandes fortalezas por baluartes, en que se concentraban la última resistencia.

En la guerra moderna, aunque los Reglamentos no lo prevean, también debe constituirse la torre del homenaje, los puntos de la zona fortificada que pueden más fácilmente sobrevivir al ataque donde puedan recogerse los elementos batidos de las otras obras y donde puedan extremarse la defensa y hacer intangible la posición.

Los que hayan combatido habrán observado como la realidad ha realzado esta doctrina y como ha bastado una pequeña fuerza para salvar una situación, y en consecuencia un desastre.

Esto nos aconseja el aprovechar el terreno para hacer posible la existencia de estos puntos, que vendrán constituidos por los elementos más bajos o difíciles de batir y las cavernas flanqueantes.

LOS ABRIGOS

El refugio para las unidades desplegadas no es necesario; las unidades deben estar participando en la acción y basta la propia trinchera, y más si está cubierta por una losa de cemento, para constituir, a la vez, abrigo y puesto de combate. El abuso del empleo de los abrigos ha traído al correr de las campañas, desagradables sorpresas.

El enemigo ha cogido frecuentemente dentro de los refugios a las tropas. A las tropas hay que familiarizarlas con el peligro, contradecir en ellas el instinto de conservación y su propensión a hurtarse a la batalla, pues llegado el caso, cuando la muerte ronda, suele tomarse excesivo cariño al refugio y ser excesivamente optimista al apreciar el peligro que deberá obligar a ocupar el puesto de combate.

Están bien los refugios para las reservas que no tengan señalado puesto en segunda línea o líneas de contención, y entonces el mejor refugio son las cavernas abiertas en la contrapendiente o en los taludes de las barrancadas.

RAMALES Y PARALELAS.

Ramales y paralelas constituyen un error de la guerra de trincheras de la pasada Gran Guerra, en la que la proximidad de los frentes y la estabilidad degeneró aquella; a fuerza de ramales se buscaba ocultar los órganos vitales de la obra. Pero si compramos sus ventajas y sus inconvenientes, podemos asegurar que son mayores éstos, pues constituyen el medio eficaz de asegurarse el asaltante sobre el terreno después de su conquista y de hacer ineficaces los fuegos preparados de la defensa.

La mayoría de los casos, los ramales y paralelas han ofrecido al asaltante un medio de progresión a cubierto para ensanchar la brecha.

Si analizamos las ventajas e inconvenientes que la existencia de ramales representaría en nuestra organización, veremos que sólo pesan los inconvenientes.

La única ventaja que nosotros encontramos es la comodidad para el enlace y avituallamiento de la obra, la facilidad de llegar a ella y retirar las bajas cuando el fuego enemigo es intenso. Cosas que todas se pueden hacer por la noche o bajo cortinas artificiales de humo, lo mismo que hace el atacante o el que combate en campo abierto: los inconvenientes, sin embargo, no pueden ser más graves. Una unidad que ataque nuestro sistema tiene que destruir una por una las obras de pelotón, y cuando el asalto llega, al tomar posesión del terreno no encuentra en lo destruido más que escombros que cubren las trincheras; el terreno no ofrece el menor abrigo; los puestos que hayan escapado a la destrucción los batirán desde varias direcciones; el campo se convertirá en un infierno en que no podrá resistir, y los fuegos de nuestra artillería, al sorprenderlos al descubierto, serán más eficaces. ¿Vale cambiar esto por ninguna clase de comodidades? Nadie se atrevería a mantenerlo.

No obstante lo expuesto, si en algún caso particular se constituyeran, contra estas normas, algún ramal, éste ha de ser recto, abierto y quedar profundamente enfilado por los elementos de resistencia en forma que en ningún caso pueda ofrecer abrigo al atacante.

ZONAS Y PUNTOS DE DETENCIÓN.

Aunque el que libra una batalla defensiva debe tener la confianza plena en que no se pierda, la realidad es que en la lucha de las dos voluntades puede el atacante romper la línea y poner en peligro el frente.

Este peligro es mayor con las armas modernas, pues la capacidad de penetración de los medios acorazados y motorizados puede convertir el revés en derrota.

Esta circunstancia da más valor a las líneas de detención, o, mejor dicho, <<zonas de detención que, preparadas de antemano>>, evitan la derrota, facilitando el tiempo y el espacio para que las fuerzas se rehagan o puedan establecerse las reservas.

Esto no quiere decir que el Jefe de una Gran Unidad reparta los medios de la batalla con otras líneas a retaguardia; a él le corresponde dar la batalla por una sola y única posición que es la de resistencia; pero el Mando Superior responsable debe tener previsto el punto o zona donde, en caso de rotura del frente, se ha de detener al enemigo y obligarle a montar una nueva batalla.

A estos fines no son necesarios grandes organizaciones para lograrlo, y aunque se disponga de medios y tiempo, debe tenerse organizada una nueva y potente posición de resistencia, siempre que ello no reste lo más mínimo de esfuerzos a la posición principal; en la generalidad de los casos se compondrá de los elementos indispensables

para hacer efectiva la detención de las fuerzas que irrumpen y obligarlas a montar un ataque. Un centro de resistencia de Batallón en estrechamiento, obstáculo punto sensible con algún antitanque suele ser suficiente. En las batallas modernas tiene esto tal importancia, que unidades menores han logrado, en muchos casos, los mismos efectos. Todo es bueno ante un frente que se derrumba.

Cuanto más interés se tenga en garantizar una dirección de ataque, más profunda y numerosa han de ser las zonas de resistencia organizadas sobre ellas.

Este sistema lo hemos seguido en nuestra guerra en muchas de las vías de penetración con éxito rotundo, llegando en zonas de estrechamiento, que formaban esos cuellos de botella tan peligrosos, a establecer un sistema de subelementos de resistencia escaqueados en varias líneas en la zona del estrechamiento, que, por sus fraccionamiento y cruzamiento de fuegos, hicieron intangible la comunicación. El cuello anterior a Huesca y el estrechamiento de Escamplero se hicieron célebres en nuestra Cruzada.

Estos puntos de detención también podrán improvisarse en todas las ocasiones; bastará muchas veces una casa, la casilla de un peón caminero, detrás de una revuelta o a la caída de una cuesta para improvisar un fortín, que, aunque destruirle por la artillería, obligará a montar un ataque con toda la dificultad de estar oculto a los observatorios y quedar la cumbre bajo el fuego efficacísimo del fortín improvisado. Si la fortaleza no es óptima basta, sin embargo, el propósito de contener una incursión, proporcionándonos el tiempo y espacio necesarios.

Otro problema se presenta hoy a la defensiva, que es preocupación por los paracaidistas, la posibilidad de desembarque o caída de contingentes enemigos en la retaguardia. Esta nueva e importante amenaza obliga a ser tenida en cuenta y que la organización haya de ser más profunda y previsor, que evite, aun llegando el caso de realizarla, el que su intervención no repercuta sobre la posición de resistencia que facilite el tiempo y el espacio para la reacción fulminante y enérgica de las reservas.

Esto obliga a que la organización defensiva alcance puntos clave de la retaguardia: puentes importantes, desfiladeros, cortaduras, y que la colocación y escalonamiento de las reservas responda a esta preocupación.

EL FACTOR PSICOLÓGICO.

El factor psicológico es muy importante en la fortificación. Las batallas se pierden cuando quiebra el factor moral; por ello a los hombres hemos de ponerles en las mejores condiciones para que la moral no se pierda, y no haya nada que la quebrante más que el convencimiento de su ineficacia.

En toda nación existen hombres heroicos, valientes, mediocres y cobardes. Su proporción varía con las características raciales y la clase de formación espiritual y materialista, viril o afeminada, que estos pueblos reciben.

Ante los errores tácticos que producen el desastre, sucumben lo mismo los heroicos que los mediocres o cobardes. La diferencia sólo se acusa en la voluntad para sacrificio y en el tiempo que dura la resistencia.

El heroísmo de una fuerza viene midiéndose por el número de bajas que resiste sin desmoralizarse. Por ello, muchas veces la entrada que la Historia como héroes o recibir el estigma de la derrota están sólo separados por un azar, que el ataque no se prolongue un poco más de tiempo y no rebase el grado de resistencia de las tropas.

La doctrina táctica y la capacidad del Jefe deben hacer que no se ponga a las tropas en el tranco de ser heroicas; que le quede siempre un amplio margen que asegurar, en todos los momentos las resistencias.

Si interrogásemos a nuestros Jefes y Oficiales más curtidos en las campañas sobre las obras y sistemas aquí preconizados, nos confesarían no haber contado jamás con obras tan eficaces y seguras. Un ejemplo confirmará esta tesis:

¿Qué ha sido el blanco en nuestras campañas africanas? ¿Por qué, no obstante sus deficientes condiciones defensivas triunfó el blocao en las peores situaciones? ¿Qué es lo que aquel grupo de soldados peninsulares les dio su moral y su tesón? ¿Por qué a varios kilómetros muchas veces de nuestras líneas sobrevivió el blocao a los mayores ataques? ... Vamos a analizarlas:

1º. Porque el blocao estaba dispuesto para quedar aislado, para defenderse en todas direcciones.

2º. Porque la acción del Jefe se ejercita directa, inmediata y contundente sobre sus soldados.

3º Porque tenía armas, municiones, agua y víveres para la resistencia.

4º Porque era más fácil y menos peligroso de quedarse que abandonarlo.

5º. Porque no obstante su ángulo muerto, que permitían, en gran parte de los casos, acercarse, los hombres batían de cerca la alambrada y para tomarlo había de coger los fusiles por la punta.

6º. Porque unía a los soldados y les daba cohesión.

En resumen, reforzaba la moral propia y rebajaba la del enemigo, al que le representaba muy costosa su toma. Esto es, que, no obstante sus deficiencias técnicas y tácticas, le bastaron las morales para triunfar.

Otro principio que presidió la psicología del guerrero es la gran impresión que le causan los fuegos de flanco o de revés. Habréis apreciado, los que habéis combatido con fuerzas aguerridas, detener su ímpetu y desmoralizarse ante tiros aislados de flanco o de revés. El soldado, ante el peligro, se enfrenta a él; pero cuando se le presenta de otro lado, se vuelve hacia él y acaba deteniéndose hasta que se le despeja.

Ésta es la grandísima fuerza moral del cruzamiento de fuegos.

Existe en las masas humanas una tendencia a aborregarse ante el peligro a perder su facultad de discernir, para agruparse y convertirse en rebaño. Y este fenómeno, a que irremisiblemente conduce el miedo pasa por varias gradaciones hasta llegar a él. El miedo altera notablemente la facultad de discurrir y la capacidad intelectual del mando; ya se trate del miedo físico ante el peligro, ya del temor a la responsabilidad, de aquí la necesidad de inculcar en el ánimo de todos la fortaleza de las soluciones óptimas, combatiendo con toda energía los errores.

Las obras y sistemas que preconizamos reúnen en el más alto grado las exigencias psicológicas que la defensiva tiene.

EN LA MONTAÑA

En la guerra en la montaña los principios han de ser los mismos. Aquí el terreno tiene una influencia mayor en el planteamiento de la batalla; el terreno nos ofrece un tesoro que hemos de saber administrar. Sucede en estos terrenos un fenómeno frecuente, que es que los Jefes se dejan influir excesivamente por las apariencias de dominación que el terreno les ofrece y acaban dedicando a las alturas más importancia que la real que van a tener en la batalla, y pudiendo dar la batalla en condiciones óptimas, acaban dándolas en condiciones pésimas.

Hemos de tener siempre presente los principios, pero no olvidar que el ataque en fuerza ha de seguir la dirección de la vía de comunicación que suele seguir el fondo de los valles. Las zonas montañosas de los flancos constituyen puntos importantes, pero de segundo orden, pues los medios blindados y motorizados, nervio del ataque moderno, no pueden en ellos desenvolver su acción.

En estos terrenos tiene gran importancia para la maniobra los puntos clave del sistema: observatorios, collados, puertos, cordales y pasos forzados de los caminos. Lo penoso de la ascensión en montaña de trescientos metros por hora, fuera del fuego enemigo, hace resaltar toda la importancia de su posesión. El que los tenga puede caer rápida y fácilmente sobre cualquier punto; bien fortificados, imposibilitan el avance por los altos y que se envuelvan o rodeen las posiciones del valle. Son puntos que hay que asegurar desde los primeros momentos contra todo evento, pero no asignarles más medios que los que requieren; su enemigo será la Infantería, que puede ser apoyada por la aviación. En su ocupación presiden las mismas reglas que para los otros puntos en general; ahora bien, cuando estas posiciones ocupan lugares característicos de la montaña de gran visibilidad, debemos establecerlos dominándolos eficazmente, pero un poco a retaguardia o punto de apoyo o elemento de resistencia, según su importancia, con los elementos escaqueados, batiendo eficazmente el punto a guardar y flanqueándose mutuamente ... Una pequeña obra delante del paso a guardar permite establecer un puesto avanzado de observación que rechace los intentos de golpes de mano.

En estos terrenos la fortificación suele tropezar con los inconvenientes de la dureza del terreno para la excavación. Esto se salva fácilmente empleando las tierras de las laderas, llenando con ella los sacos terreros y transportándolos por una cuerda de hombres o transportando ésta en la misma forma con espuestas.

La fortificación puede hacerse en la misma forma; las trincheras son sustituidas por parapetos de sacos o piedras y el espesor del muro se aumenta con un glacis de tierra apisonada. Si se dispone de cemento y agua, el muro de cemento y piedra con un glacis de tierra puede hacer los mismos efectos. Caso de poseer cemento, es preferible la obra de sacos, que evita que la artillería aumente sus efectos con la proyección de las piedras. Las infiltraciones en la montaña tienen una importancia grande en la guerra sobre estas zonas. Partidas maniobreras pueden con facilidad traer en jaque a unidades superiores o interrumpir con golpes afortunados las comunicaciones. Estas infiltraciones se efectúan durante la noche, permaneciendo durante el día ocultos en los barrancos o zonas de bosque. La seguridad centra estas acciones en la posesión de los puntos de paso: divisorias, barrancos, sendas y caminos de montaña, que por la dificultad y aspereza del terreno suelen confluir en puntos o pasos determinados, en que se estrangulan.

Una fuerza reducida, ocupando estos puntos, es suficiente a evitar y batir la infiltración. El terreno manda en la montaña, la infiltración durante la noche es casi imposible fuera de las sendas y caminos.

ERRORES Y REVESES.

Sentados Estos principios, parece que el problema habrá quedado suficientemente aclarado; pero esta terminante doctrina, que parece tan clara, ha encontrado siempre una resistencia en su aplicación, no sólo en nuestro Ejército, sino en la mayoría de los extranjeros.

El espíritu ofensivo que suelen buscar los Ejércitos hacen despreciar los cuidados de la defensiva, que se revelan en la repugnancia a fortificarse, y retrata aquella torpe frase de un oficial en Marruecos: <<el que tenga miedo, que se fortifique>>. La realidad del combate moderno acaba de imponerse, pero entonces falta la doctrina depurada.

Si los errores en la ofensiva son importantes en la defensa suelen ser fatales; en aquella pueden retrasar la coronación del objetivo y aun impedir el que se alcance; en general representarán disminución en el rendimiento de la acción; en la defensiva en cambio, sus efectos pueden ser desastrosos.

La mayoría de los desastres se originan en esos errores, que aumentando los peligros y efectos reales del fuego enemigo, acaban de desmoralizar y aborregar a las tropas.

Costó mucho trabajo el corregir errores de formación adquiridos en el ejercicio de nuestras campañas, que todavía perduraban al término de las mismas y que contrarían la doctrina expuesta.

Destaca entre ellos la predilección por fijar el contorno externo de nuestras posiciones de resistencia en las cumbres o líneas del horizonte. Esto es, bajo la vista directa de los observatorios o incluso de las baterías enemigas. Al fuego enemigo se daba con esto el máximo de facilidades, y al propio tiempo se dificultaban al quedar oculto a los observatorios, quedando reducida por este hecho la Infantería a sus propios medios.

Nuestra Guerra de Liberación es un manantial fecundo de enseñanzas. En la batalla de Brunete pagamos a precio de ruptura la defectuosa situación táctica de nuestras líneas, sin que el heroísmo de nuestros soldados y oficiales pudiera evitar el aplastamiento bajo los escombros de los pueblos de los heroicos defensores. Y es que durante una larga etapa fueron los pueblos y las aldeas lugares en que se establecieron nuestras líneas por un desconocimiento del valor militar de los pueblos como posiciones y un poquito de tendencia a la comodidad y a establecer a la tropa bajo techado. En todos los casos que el ataque se desencadenó contra poblados militarmente defendidos, podemos decir que el éxito coronó el esfuerzo de los atacantes.

En la misma batalla de Brunete hay un ejemplo típico que la batalla nos revela en la lucha frente a Villanueva del Pardillo. Con arrojo y espíritu admirables, acuden las reservas al contraataque; se monta éste y se intenta recuperar las ruinas del poblado en el que sucumbieron los anteriores defensores; el enemigo tiene establecidas sus baterías en las laderas del Galapagar, y el observatorio en estas alturas; las fuerzas propias tienen el suyo en el vértice de Romanillos, y en las contrapendientes de sus inmediaciones la artillería propia; una ligera hondonada anterior a Villanueva del Pardillo ha sido alcanzada por nuestras tropas, pero una loma pelada nos separa del pueblo codiciado.

Bajo el fuego de nuestra artillería, las tropas propias logran coronar la pelada loma; pero una concentración de fuegos enemigos de artillería y ametralladoras la diezma y despedaza, haciendo irresistible su permanencia en ella; en la contrapendiente que cae sobre Villanueva del Pardillo, fuera de la vista de nuestros observatorios, una fila de carros enemigos escaqueados barre con sus ametralladoras y cañones la loma del empeño. La artillería de Galapagar la bate también con fuegos eficaces, cuando, destruidas nuestras fuerzas, intentan ellos ocuparla con sus tanques e infantería, los fuegos certeros de nuestros disparos, infantería desde la Hondonada y artillería de Romanillos, los destruyen a su vez. Esfuerzos constantes se suceden en una cruenta y viva acción en todos aspectos aleccionadora.

Si examinamos los perfiles del terreno de la acción, enseguida nos apercebimos que Villanueva del Pardillo, al final de la loma es el lugar típico por excelencia para situar una posición de defensa del enemigo, bajo los observatorios de ellos y oculto a los nuestros. En cambio, desde el punto de vista propio nuestras fuerzas comprueban como en la hondonada anterior a la loma, ocultos a los observatorios enemigos, preparan fácilmente el ataque y se mantienen holgadamente y como son incapaces de tener, sin cruento sacrificio, la loma objeto del comentario. Y es que a este lugar de la hondonada o esa zona oculta a los observatorios enemigos y vista de los propios, es la que corresponde el lugar de nuestra posición de resistencia.

Esta fue la situación que se dio a aquel pequeño sector de la batalla; allí debió estar desde el primer día la posición de resistencia.

En el frente de Teruel, cuando la incursión de los rojos en la depresión de San Blas, tenemos otro ejemplo: el poblado de San Blas ocupado por el enemigo e improvisada su defensa, detuvo guante mucho tiempo el avance de nuestras tropas; los carros de combate, batidos en el llano, encontraban un alivio en la depresión, que, oculta

completamente a los observatorios enemigos, escapaba a la acción de nuestra artillería y por tanto se defendía en las más óptimas condiciones. Fue necesario conquistar en nuestra derecha posiciones que nos facilitasen vistas sobre la depresión, para que la eficacia de nuestros tiros permitiera el normal desenvolvimiento de la batalla.

En los duros empeños que el enemigo puso en atacar nuestras líneas en las alturas del Buitre, al oeste del Carrión, también encontramos análoga lección. El enemigo logra un pequeño y momentáneo éxito parcial al atacar nuestras posiciones, que colocadas éstas en forma lineal en el borde de la meseta, fue destruida fácilmente por el fuego certero de las baterías enemigas. La línea carecía de profundidad que los reglamentos asignan al moderno orden de batalla; las posiciones tenían un hermoso y dilatado campo de observación, pero estaban completamente bajo los observatorios enemigos; esta línea, trescientos o cuatrocientos metros más atrás, en la zona de la meseta, hubiera quedado oculta a los observatorios enemigos y no hubiese podido montarse un ataque, desde los primeros momentos la destruyeron. La línea que ocupaba la posición era un lugar clásico de puestos avanzados.

En el frente del Ebro tenemos también un ejemplo típico de la fortaleza de las posiciones ocultas a los observatorios: en una de aquellas empeñadas batallas para la ruptura del frente enemigo, una de nuestras más brillantes unidades tuvo por misión romper el frente profundamente fortificado que el enemigo nos ofrecía; más de dos mil piezas de artillería se alineaban en aquella batalla en un frente inferior a dos kilómetros. Un detenido reconocimiento fotográfico aéreo había permitido señalar todas las obras que el enemigo tenía; desde nuestros observatorios vimos la eficacia de nuestros fuegos de artillería y de mortero, sacar de las posiciones enemigas al enemigo y replegarse sobre la contrapendiente; la aviación propia aumentó los efectos destructores y los morales; llegó el momento de lanzar el ataque; brillantemente, las fuerzas se dirigieron a cruzar la gran barrancada que de las posiciones enemigas les separaban; mas cuando llegaron a media ladera, el fuego certero de una ametralladoras disimuladas entre las piedras del barranco, enfilando los pasos de la vereda que a él conducía, crearon el episodio suficiente para detener nuestra acción sin que nuestras baterías y órganos de fuego pudieran localizarlas y destruirlas, por cuando se encontraban flanqueándose mutuamente en el fondo de la barrancada, en la zona desenfilada de las vistas de nuestros observatorios. Este suceso hizo perder los efectos de aquella intensísima preparación y fracasar la operación de este día.

Para muchos de nuestros Jefes los terrenos llanos y despejados eran considerados como magníficos para el avance; la realidad vino a demostrarles con cuanta holgura se manejaban en los abruptos y montañosos y cuan difícil se les hacía la guerra en aquellos.

Es admirable la facilidad de avance de nuestros soldados en las zonas más duras y abruptas de España, en que se han manejado con pericia inigualable, y es que los terrenos montañosos con sus rugosidades y peñascos, disminuyen notablemente la acción rasante y flanqueante de las armas y ofrecen al atacante camino de aproche para el asalto. Y, en cambio, en los llanos despejados se hace necesaria la destrucción completa de los órganos de defensa enemigos para llegar a alcanzarlos.

Ha sido frecuente en los análisis sobre fortificación el incurrir en gravísimos errores tácticos por servir directrices o razones de orden técnico. Unas veces se han intentado alcanzar espesores que superen cualquier resistencia a los mayores calibres que puedan enfrentarse en las fortificaciones; otras, se han planeado obras con refugios perfectos, para abrigar a los hombres, hurtando a estos a las incidencias de la batalla; otras, se han diseminado las armas en puestos de ametralladoras destacados al frente o los flancos, enlazados por ramales de trincheras, con pérdida de cohesión del pelotón y tantas y

tantas muestras de un gran afán por el acierto, pero con el olvido de los imperativos tácticos y psicológicos.

Entre los imperativos tácticos hemos de contar la rapidez, la simplificación indispensable en la fortificación, el ponerla a la altura de todas las inteligencias; que cualquiera pueda realizarlas. En la casi totalidad de los casos faltará el tiempo escasearán los medios, y si se desperdiciaran uno y otros puede asegurarse que la obra no podrá completarse.

Pasaron los tiempos de los grandes fuertes cuarteles, con fosos, escarpas, baluartes y espesos blindajes, cuanto más perfectos más desacreditados en esta guerra. Las obras más eficaces son hoy las más sencillas, las que pueden organizarse en todo tiempo y no necesitan materiales ni técnicas especiales.

Las obras no deben rebasar en su espesor el indispensable para cubrir de lo más peligroso y frecuente; un espesor excesivo limita el campo de visión de las aspilleras, disminuyendo sus características defensivas.

Si se examinasen los innumerables episodios de este orden que la Historia registra, encontraríamos siempre los errores que motivaron o multiplicaron aquellos efectos.

Hemos visto como en la defensiva hay que jugar los medios activos y los pasivos, las armas y el terreno, y como hemos de poner a nuestros hombres en condiciones óptimas para evitar su desmoralización y en cambio provocar la del enemigo... Sin embargo, al examinar los errores más frecuentemente cometidos en nuestras campañas, nos encontramos como se han sucedido estos obedeciendo a esa tendencia a concentrarse.

Así en Marruecos contemplamos a un ejército esparcido en centenares de posiciones que aprisionaban sus efectivos en situaciones absurdas, con los hombres concentrados y expuestos a la desmoralización. La eficacia de los medios activos era casi nula; el aprovechamiento del terreno, pésimo, y las condiciones psicológicas para el defensor harto menguadas ante un enemigo que hubiera estado mejor armado. En la mayoría de los casos un punto de apoyo constituido por seis subelementos de resistencia escaqueados, cruzando fuego y ocupando un espacio de 200 a 300 metros de frente por 150 o 300 de fondo, hubieran sido muchísimo más potentes y eficaces asegurándoles contra toda clase de reveses.

En la mayoría de los casos, un tercio de las fuerzas bien organizadas hubiera sido más que suficiente.

La posición de Abarrán es uno de los casos más típicos en este orden. Hombres valerosos y tropas aguerridas, que supieron morir en sus puestos, fueron vencidos con toda facilidad ante el primer azar favorable para los atacantes. La posición de Abarrán encerraba todos los defectos que tratamos de corregir. La concentración de elementos entremezclados de la infantería y la artillería en un pequeño espacio, circundado por un parapeto débil en terreno accidentado, con ángulos muertos, con lo cual los defensores en las peores condiciones, desde el punto de vista de las características psicológicas para la defensa ante los efectos morales de las bombas de mano y fuegos del enemigo; y desde el activo, el fuego de nuestras armas no podía ser más precario. ¿Qué otra cosa hubieran representado unas posiciones compuestas de subelementos de resistencia enterrados, cubriendo el espacio vital de la defensa, cruzando fuegos que facilitase a las armas el rendimiento máximo y llenase las condiciones físicas y morales que facilitasen la defensa?

El error defensivo de Albarrán fue de trágicas consecuencias para la suerte del territorio...

En nuestra guerra, en escala mayor, tenemos el caso de Teruel, pese a la buena voluntad de los defensores; las posiciones que rodeaban Teruel carecían de aquellas condiciones; aunque en el conjunto no estaba mal concebida la defensa exterior, en su ejecución en

cada una de las posiciones se incurrió en el defecto en mayor o menor escala, que señalábamos en la posición de Abarrán, concentración de fuerzas en poco espacio. Y destruidas o quebrantadas algunas de ellas quedó roto el anillo y abierta la ciudad a los ataques. La defensa de ésta constituye ya un ejemplo terrible de todos los errores. La concentración de todos los medios en los dos grandes edificios colocó a los defensores en las condiciones más favorables para ser vencidos. Su heroísmo quedó, una vez más, sepultado estérilmente bajo los escombros.

He señalado estos dos episodios por la influencia que uno tuvo y otro pudo haber tenido en la situación general...

En nuestra Guerra de Liberación, las peñas de Aolo son otro caso típico de nuestra campaña sobre Cataluña, en el cual se demuestra de forma palpable la eficacia del sistema. En aquellas cumbres rocosas se escribieron las páginas del heroísmo. Los cuerpos despedazados, la sangre generosa de los caídos dice mucho del heroísmo español para superar aquella situación; las deficiencias de la fortificación pudieron ser fatales; más corregidos los defectos de la fortificación, fraccionada ésta, profundizada y contruidos los subelementos en la forma que señalamos para las cumbres rocosas, no obstante sus defectuosas características tácticas, por estar bajo la vista directa de la artillería enemiga, dejó de constituir una preocupación para el Mando y resistió fácilmente ataques de mucha mayor envergadura.

¿Cuáles son las causas de estos constantes errores? Vamos a analizarlas.

La primera es un arrastre de la táctica antigua, que daba extraordinario valor a las posiciones dimanantes: ver y dominar constituía una aspiración. En la táctica moderna hay que ver para destruir y no dejar ver para que a uno no le destruyan. Los puntos elevados son excelentes para observar, pésimos para resistir...

Una segunda causa es la formación en las campañas africanas de nuestros Jefes. Ante un enemigo sin artillería, de tiradores y guerrilleros, las cumbres eran aprovechables y se podía seguir arrastrando el viejo prejuicio con olvido de la nueva doctrina. El aprendizaje de la campaña de Cuba también se hacía sentir en los Jefes y Generales; sin embargo, el enemigo, ante nuestros medios superiores, aprendió con fino instinto a no utilizar las cumbres y extremar en cambio su resistencia en valles y barrancos, hurtando a la superioridad nuestra en artillería; pero sin embargo, la palabra dominar, posición artillera y cresta militar siguieron utilizándose en aquellas tierras, haciendo muy difícil el arrancar conceptos tan arraigados.

Otro afán que hay que contrariar es el prurito de ver todo los escalones, al considerarse cada uno como el centro alrededor del cual gira la batalla y no el peón de un único tablero. Nadie necesita ver más en el campo en que ha de emplear sus armas; el observar corresponde a los observatorios y personal que tiene confiada esta misión. A ello contribuye el temor a lo que pueda venir, el descubrir la incógnita que existe tras la cumbre que nos limita el horizonte; pero contra ello está la línea de puestos avanzados y los exploradores o escuchas establecidos a vanguardia; precisamente por este error en el estacionamiento de las batallas las tropas han sufrido más en nuestra Cruzada, al verse privadas de las líneas de puestos avanzados, imposible cuando la posición de resistencia se coloca indebidamente sobre las cumbres.

Otra consideración en que se apoya el establecimiento de las posiciones de combate en puntos altos es la de buscar campos de tiro amplios y despejados. En estos también se padece un error gravísimo: es hoy tan peligroso el que la posición se vea, que puede asegurarse que armas así colocadas serán destruidas sin estrenarse y por la ambición de amplio y profundo campo se habrá perdido todo; por otra parte, el alcance y características de los fuegos de la Infantería son harto modestos y su eficacia práctica sólo se alcanza a distancias muy inferiores a las de esa amplitud pretendida.

Las características profundas de los terrenos batidos, poco frente y mucho fondo, hace que las ametralladoras alcancen su máxima eficacia en los fuegos de flanco y enfilada, por lo que aunque el espacio delante de la posición sea estrecho, le sobre campo en el sentido lateral para sacar a las armas sus máximos efectos.

Si a las defensas accesorias nos referimos, no hay alambradas ni obstáculo artificial que escape a la destrucción de los fuegos artilleros observados; sin embargo se hace casi imposible la destrucción de aquellos que se hurtan a nuestra observación. Estos obstáculos artificiales no destruidos detendrán en su caso al asaltante y multiplicarán la eficacia de nuestros fuegos.

Este sistema de coordinación de fuegos y de flanqueos mutuos, y que es la base de la táctica moderna de la Infantería, suelen ejecutarse en el combate de mala gana; se tiende a enfrentarse con lo que se tiene delante y confiar poco en la acción de los vecinos, perdiéndose una gran parte de nuestra eficacia, por ello hay que reaccionar enérgicamente contra estos errores.

Esta forzosa reducción del campo de tiro, es por otra parte, muy ventajosa. Ante la tendencia inmoderada de las tropas de romper el fuego antes de tiempo, malgastando las municiones y quedándose sin ellas para el momento verdaderamente eficaz de su empleo. La usura de armas y municiones en la batalla han de constituir la norma.

Un error gravísimo en que se incurría en nuestra Cruzada, y que hoy cometen con frecuencia los beligerantes, es el empleo de los pueblos como campos de batalla defensivos. Ante un enemigo sin artillería o muy débil en ella, un pueblo o villa fortificada puede constituir un obstáculo para el enemigo; pero ante elementos normales de artillería y aviación, un pueblo es de los peores lugares para la defensa; los defensores quedan sentenciados a sucumbir bajo sus escombros. Otra cosa representa cuando se trata de improvisar una defensa, de obligar al enemigo a montar un ataque serio, a malgastar su tiempo, si éste es el objetivo principal, pero a ciencia y paciencia de su destrucción.

Las poblaciones, son por otra parte, los lugares donde más se pierde la acción del mando, y llevará ventaja el que desde fuera se dedique sistemáticamente a destruirlas.

Quijorna, Villanueva del Pardillo, Fuentes del Ebro, Teruel, Cuartel de la Montaña, Simancas, Santa María de la Cabeza y tantos nombres gloriosos son un ejemplo elocuente de este aserto. Ni el heroísmo de los mejores soldados pudo salvarles de su destrucción.

Madrid y Stalingrado merecen análisis aparte.

Dispuesto un Ejército a defender una población de estas características, a sacrificarlas gastando al enemigo tiempo y hombres, no cabe otra acción que su destrucción total, sepultar al Ejército que lo defiende bajo los escombros, pero no meterse jamás en una lucha de calles y plazas, de sótanos y alcantarillas, pues una población es un laberinto de desfiladeros y trampas tendidas al atacante; las fuerzas que penetran en la población son fuerzas perdidas en el laberinto; la acción del mando sobre ellas acabará siendo nula, lo contrario del que combate desde el exterior y se limita a conservar sus fuerzas en la mano y destruir a las enemigas desde fuera.

Porque era cosa nuestra querida y que habíamos de conservar, por el respeto y consideración de las vidas civiles en que se escudaba el Ejército rojo, Madrid no se quiso tomar. En Stalingrado, el Ejército ruso encontró un medio de detener a los alemanes, de ganar el tiempo necesario a la concentración de tropas, de obligarles a montar un serio ataque. El afán alemán de ocupar Stalingrado y asegurarse en el Volga, le llevó a la loca empresa de ocupar Stalingrado, y el Ejército de Paulus sucumbió en el laberinto de la ciudad ante la defensa encarnizada de los bolcheviques; nuevas unidades de éstos, desde fuera pudieron cercarles y sepultarles entre los escombros... La doctrina

defensiva no ha estado a la altura de las concepciones ofensivas. El error se pagó, como siempre a precio de desastre. No se puede sin peligro forzarse los principios del Arte de la Guerra.

SEGUNDA PARTE LA DEFENSIVA DE LAS COSTAS

PREFACIO

La falta en el mundo de una doctrina consagrada que poder importar, por tratarse de materia secreta en las principales naciones, permitió a nuestras arcaicas Juntas de Defensa ir acumulando errores y mantener un concepto atrasado y poco eficaz para nuestras organizaciones de costas.

Hemos de reconocer, en disculpa de los hombres que nos precedieron que no era más perfecto lo que en el extranjero se estilaba. Y es que el sentido táctico fue, en la casi totalidad de los casos, desconocido por los técnicos encargados de planearlos.

El estar encomendada en muchas naciones a personal de la Marina la organización y defensa de las costas, ha hecho les presidiesen conceptos excesivamente marineros y desperdiciasen las ventajas que la experiencia y sistemas tácticos terrestres podían ofrecerles; y cuando más tarde los Ejércitos se han visto obligados a guardar un frente naval, se han encontrado con un problema nuevo, como estudiarlo doctrinalmente y un plan forzado que les obligaban las organizaciones permanentes.

Un análisis profundo de estos problemas, examen de los medios modernos, aéreos y navales, características de las armas propias y estudio detenido de los terrenos, afirmó estas concepciones totalmente discordantes con las hasta ahora aceptadas por buenas.

No faltaron para este proceso los cambios de impresiones con destacados valores extranjeros, las discusiones técnicas y tácticas con especialistas propios, el examen y razonada crítica de lo que otros países se hacía; todo ello fue afirmando más y más esta doctrina, que al correr de los años, habíamos de ver consagrada con el frenazo de las batallas defensivas costeras de la guerra actual.

Esto justificará la insistencia y desvelos para llevar al convencimiento de los Mandos responsables estos principios, que tantas veces, al llegar a su aplicación, han encontrado su lugar ocupado por los viejos errores, tal vez por no haberse todavía codiciado y analizado debidamente en forma que puedan servir de recordatorio y meditación.

Estas son las razones de la aparición de este análisis, con el que se pretende dejar agotado el estudio de tan importante tema.

PRINCIPIOS GENERALES.

Los principios generales de la táctica son permanentes y aplicables en todas sus partes a las batallas que sobre las costas se libren; el mar sólo constituye un obstáculo que condiciona en los primeros momentos la batalla, lo mismo que cuando se trata de un río caudaloso.

El terreno, tiene sin embargo, en las acciones sobre la costa, un valor especial, que exige más detenido estudio e imprime carácter a la defensiva. La configuración de las costas, con sus acantilados, escolleras, playas, pendientes, penínsulas y calas, y la relación de todo ellos con los puertos principales y vías de penetración, permitirán determinar las zonas sensibles para la defensa y el valor relativo de los otros lugares, los sectores que deberán organizarse como posiciones de resistencia y los que se han de constituir en vigilancia.

Las características de los mares y la meteorología permitirán deducciones importantes para formar juicio sobre las épocas de las posibles empresas bélicas.

Los puntos constituidos por puertos, aeródromos y bases navales, cuanto más importantes y capaces, más atención en este orden requieren, ya que el primer objetivo principal de toda empresa de desembarco es asegurar un puerto y un terreno de

aviación, en relación con lo cual serán puntos sensibles para la defensa los aeródromos, las playas y las calas próximas, lo que irá perdiendo de valor en proporción a su alejamiento del objetivo principal, puerto o base.

Los adelantos de la industria moderna ofrecen hoy medios poderosos para facilitar estas operaciones, con los barcos de fondos planos, los tanques y carruajes anfibios y hasta en algunos casos de proximidad a los puertos de embarque, los puertos artificiales.

Una cosa puede, desde luego, asegurarse, y es que el que emprenda operaciones de este orden concentrará elementos superiores a los que el defensor le pueda oponer; por ello, destaca la gran importancia de jugar bien los medios propios, que permita ser fuertes en el lugar que el enemigo elija, por lo que la usura de fuerzas es obligada. El Jefe tiene que pesar sus medios, manteniendo sus fuerzas en la mano y evitando que, por querer atender a todo sea débil en todas partes. Los medios de que disponga, conjugados con el terreno, han de constituir la base de la decisión.

A las misiones de costa se asignan, por lo general, tropas de la reserva de segunda calidad, lo que aconseja facilitarles su misión con nuestras previsiones, que eviten, si es posible, el tener que poner a contribución sus cualidades.

El reconocimiento del terreno y el estudio de las posibilidades del enemigo en cada zona sensible definen los distintos campos de batalla. El dispositivo general ha de corresponder a estas hipótesis y tener perfectamente organizado el terreno en cada uno; pero sin dedicarle normalmente más fuerzas que las indispensables para guardarlo y evitar una sorpresa, pues el núcleo de tropas ha de conservarlo el mando en su mano, o sea bajo su hipótesis sobre los ejes y comunicaciones que le permitan desembarcar en el menor tiempo en los lugares de las posibles acciones. Una cosa es que se tengan perfectamente estudiados y preparados con todas las fortificaciones los campos de batalla posibles y otra muy distinta el que se malgasten las tropas dispersándolas por las costas, sin posibilidad para su acción conjunta.

Para llevar a cabo una acción de desembarco, es indispensable contar con el dominio del aire y del mar durante todo el tiempo de la operación y del abastecimiento. La aviación y las armas navales del atacante necesitan reducir el silencio de las baterías de costa y armas pesadas, que constituyen la costura del sistema defensivo; rastrear luego las minas que puedan existir junto a la costa y debilitar, por una acción maciza y concertada de fuegos y bombardeos aéreos, la capacidad de resistencia de los defensores. Sólo así podrá conseguirse poner pie en tierra, organizarse y formar la cabeza propia de desembarco.

El oponerse a estos designios constituye todo el problema para el defensor, por lo que, descartada la superioridad de medios, que sabemos ha de estar en manos del atacante, el objetivo del defensor en esta fase preliminar está en evitar o aminorar, en cuanto sea humanamente posible, estos efectos de destrucción, para conservar íntegros los medios para librar la batalla del desembarco.

No es lo importante que el atacante desembarque, su superioridad de medios se lo asegura en el noventa por ciento de los casos; lo grave es el que llegue a organizarse en tierra, que ocupe una cabeza de desembarco lo suficientemente amplia que le permita escapar a la destrucción. Existe, pues un tiempo, desde que el atacante lanza sus tropas a la playa hasta que, organizadas, ocupan los primeros objetivos, que es cuando hay que destruirle y aniquilarle.

Los medios principales con que cuenta el asaltante en este tiempo son los cañones de la Escuadra, su aviación y los elementos de asalto blindados; contra uno y otros necesita resistir nuestro dispositivo. De ello, los cañones de los barcos son los más fáciles de burlar. Sus observatorios, establecidos en sus torres, tienen un campo de vista muy limitado; una vez desembarcadas las primeras tropas, éstas se le interpondrán como una

cortina que le impedirá los fuegos, y si nuestra organización se establece diseminada, en puntos escaqueados sobre las zonas bajas, la eficacia de los fuegos de artillería de los barcos sobre ella puede considerarse como si fuera nula. Los barcos tiran mal cuando no pueden observar directamente sus propios tiros, y la vida limitadísima de sus cañones no les permite el lujo de batir zonas.

La aviación constituye hoy un elemento perfecto de destrucción, que prolonga la acción de la artillería. Su dominio sobre los campos de batalla imprime la superioridad al que logra la victoria aérea. Por ello en una acción de desembarco, las posibilidades de la aviación enemiga son las que más deben preocuparnos.

Puede asegurarse que antes de emprenderse una acción de esta naturaleza, se encontrarán poderosos medios aéreos, que den al traste con las baterías de costa de la defensa y los medios activos antiaéreos de que disponga; mientras esto no se haya logrado, no se llevará a cabo el desembarco.

Por todo ello, tiene una importancia vital el hurtarse a su acción destructora, ya que los medios activos antiaéreos serán generalmente precarios ante la concentración. De aquí el imperativo de la diseminación y enterramiento eficaz y sobre todo las obras en cavernas; reducir en la máxima medida la eficacia de los bombardeos.

Si en todos los tiempos la defensa pasiva de nuestras tropas y de nuestros medios es obligada, lo es mucho más en esta ocasión, en que el enemigo trata de concentrar todos sus medios en un mismo punto, con el fin de asegurar la victoria.

Estas circunstancias aconsejan el no descubrir prematuramente nuestros órganos de fuego, que hemos de conservar en eficacia para esta fase decisiva que la batalla encierra. Establecidos estos principios generales, podemos entrar en un análisis más detallado de nuestro problema.

BATERÍAS DE COSTA.

Una nación posee un limitado número de baterías de costa; no sólo aquellas bases navales principales que se consideran parte integrante de la Escuadra, parecen perfectamente atendidas con material adecuado; en los demás lugares suelen emplearse el material más anticuado desechado de los barcos, quedando una gran parte del litoral sin defensas fijas, encomendando, en caso de guerra, a las fuerzas del Ejército y a la artillería de campaña.

Las baterías de costa suelen clasificarse en material primario y secundario, según se trate de los grandes calibres de 30,5 para arriba aptos para duelos con grandes unidades de combate o de las baterías de calibre medio, incapaces de sostener esta clase de duelos. Aquellas responden a una misión concreta y clara, combatir contra toda clase de fuerzas navales enemigas que entren en el radio de acción suya; más su elevadísimo coste no permite prodigarlas y su empleo se limita a la defensa de los puertos principales o de las grandes Bases. Su enemigo principal es la aviación adversa. Por ello deben establecerse bajo cúpulas acorazadas o cavernas y en su caso defenderse con eficaces medios antiaéreos.

El objetivo principal de las baterías primarias de costa ha sido, hasta ahora, el evitar que las Escuadras enemigas bombardeasen a mansalva los arsenales o puntos vitales de la Base, así como proteger la salida de las Escuadras propias de los puertos, evitando su batida en detalle.

La aparición de la aviación, con su capacidad muy superior de destrucción y su acción más rápida, ha restado importancia a estas clásicas misiones, convirtiendo a las baterías de costa en el órgano permanente de la defensa que con constante actividad impide los intentos marítimos sobre la costa y constituye la osatura permanente de los medios con que la defensa cuenta.

La eficacia de los fuegos de los cañones de costa de grueso calibre aconseja su establecimiento sobre las zonas bajas de la costa, de reducidas cotas, que permiten aprovechar mejor la tensión de sus trayectorias y suprimir las zonas en ángulo muerto; si además se alejan los emplazamientos suficientemente de la orilla del mar, se dificultará notablemente la observación y eficacia de fuegos de los barcos adversarios. No es frecuente ver enfrentarse a los barcos contra las murallas y no suele acreditarse de buen Almirante quien malgasta la vida de sus cañones en estas tareas. Sin embargo, en la presente campaña, por la importancia general de los objetivos y la superioridad en número y calidad de las bocas de fuego de los barcos aliados, tanto en Cheburgo como en la isla de Panteleria se entablaron duelos de esta clase aunque el calibre de las baterías de costa, inferior a los 38,1 de los acorazados ingleses, pudieron justificar el duelo. Igualmente en el desembarco italiano de Neptuno se malgastó la vida de los cañones gruesos en los días azarosos de crisis de la cabeza de desembarco. Circunstancias de orden moral disculpan este despilfarro.

BATERÍAS DE CALIBRE MEDIO

No es la misión de las baterías de calibre medio sostener duelos con las baterías de las Escuadras, ya que ni su alcance ni la potencia de sus proyectiles les permite este tonto lujo, aunque en muchos casos hayan sido empleadas disparatadamente como primarias. Su misión está en batir las líneas de minas, los barcos no protegidos, las unidades ligeras y sobre todo las barcasas y unidades mercantes, flanquear a las primarias y dominar con sus fuegos en las organizaciones navales las calas, playas y zona marítima no batidas por aquellas en que puedan llevarse a cabo desembarcos. Por ello, ha de ser su emplazamiento muy diferente al de las baterías primarias.

Antes de establecerse una batería de calibre medio, debe estudiarse y concentrarse su principal misión, para no caer en esa vaguedad que durante tantos años ha presidido sus emplazamientos en los bordes de las costas, de cara al mar, con pretensiones de baterías primarias. Desde hace mucho tiempo piden estas baterías su emplazamiento en cavernas flanqueando las costas y las líneas, de minas, a cubierto de los ataques desde el mar y de la aviación, lo que llegado el caso, permitiría el conservar la osatura de nuestro sistema defensivo y desencadenar con eficacia en momento oportuno nuestros fuegos.

Es por lo dicho inaceptable el emplazamiento de las baterías de costa de calibre medio en las costas elevadas, destacándose sobre el horizonte; cuando los terrenos no ofrezcan condiciones para utilizar la caverna, deben aprovecharse las contrapendientes ligeras y establecerse en casamatas algo retiradas de las costas. Las baterías de calibre medio no sustituyen a las primarias, aunque éstas no existan. Sólo en las guerras coloniales o irregulares pueden accidentalmente ocupar este papel. El adversario que dispone de Escuadra podrá disponer siempre de calibre mayor y fuera de su alcance destruirlas en completa impunidad.

Existiendo desde hace muchos años cañones móviles ligeros de calibres pesados y direcciones de tiro automáticas, como los de los antiaéreos, no se comprende como este material de calibre medio no ha sido sustituido por otro móvil y transportable, lo que le permitiría su concentración sobre los lugares elegidos. Un sistema de caminos y cavernas en las zonas sensibles de las costas, con emplazamientos debidamente estudiados, sería en este orden la solución óptima, que permitiría llevar el centro de gravedad de este material al lugar que la campaña aconsejase.

LA DEFENSA TERRESTRE.

Estudiadas las zonas sensibles y los distintos campos de batalla, un primer problema se presenta al Mando de la defensa, cual es el de la distribución de fuerzas. Hemos ya

considerado como el número de las disponibles será en la casi totalidad de los casos inferior a las demandas de los distintos sectores y también hemos sentido que el Mando ha de disponer de la mayoría de su tropa para jugarlas en el punto elegido por el enemigo para su ataque. Imperativos tan opuestos nos llevarán a no estabilizar en cada sector, en los primeros momentos, más que las fuerzas y medios indispensables a asegurarle contra una sorpresa, conservando en la mano las demás; lo que no quiere decir tampoco el que las tropas estén reunidas, sino en disposición de concentrarse en el punto que se requiera, abrigadas en lugares a cubierto contra su destrucción; una cosa es que cada sector esté perfectamente organizado y tenga asignadas fuerzas propias, que en caso de ataque tienen señalado allí su lugar en la batalla, y sus Jefes y Oficiales estudiados todos sus detalles y otra que tengan que estar sobre las propias fortificaciones, ya que puede ser necesaria su acción en otro lugar. El terreno, las distancias a recorrer y las comunicaciones serán lo que dicten la conveniencia de su emplazamiento, sin que en estos cálculos deba descansar el dispositivo sobre los medios de transporte mecanizados, que por los bombardeos aéreos, en un momento dado pueden fallar. Las fuerzas establecidas en la organización defensiva constituyen a modo de vanguardia de las que han de defenderlas.

Cuando el frente a guardar es extenso y desproporcionado a las fuerzas, pueden en los sectores menos sensibles y alejados ejercer la vigilancia y cubrirlos las Milicias nacionales locales, que en la guerra todas las naciones conscientes han de tener. Estas Milicias, constituidas por los hombres fuera de la edad militar, serán también las encargadas de guardar los puentes y objetivos de retaguardia contra los paracaidistas y luchar contra ellos para reducirlos o aniquilarlos desde el primer momento.

POSICIÓN PRINCIPAL DE RESISTENCIA.

Señalado un sector de desembarco, el primer problema que se presenta al defensor es el de fijar su posición de resistencia; esto es, la zona de terreno donde se ha de instalar en la batalla y delante de la cual ha de aniquilarse al enemigo.

El problema es exactamente igual que el de la batalla defensiva: nuestro campo de batalla ha de reunir las condiciones de estar bajo la vista de nuestros observatorios y fuera de la de los enemigos; por ello, las organizaciones sobre las playas y alturas inmediatas vistas desde el mar son las menos apropiadas para librar batalla, pues son los lugares que con más facilidad pueden batir y destruir los cañones de los barcos.

Otra circunstancia, la de no abandonar al enemigo campo suficiente para que realice su despliegue, nos llevará a ceder solamente aquellas partes de terreno, que, por quedar bajo fuego eficaces de nuestras armas, no pueden tener valor alguno para el atacante, se convierten en el campo adecuado para su sepultura.

La batalla defensiva es característica por la formación al enemigo de un verdadero infierno, donde se combine la acción de todas nuestras armas en fuegos cruzados.

El batir al enemigo durante la travesía de la zona de mar y antes de poner el pie en tierra, que antiguamente constituía el objetivo más codiciado de la defensa, es hoy ya muy difícil, pues la velocidad de los medios de desembarco es muy grande y los tanques anfibios y elementos pequeños de transporte pueden llegar hasta la misma orilla, hasta cuyo momento las nubes de humo con toda eficacia lo ocultarán; por ello, lo interesante es la zona de terreno donde los hombres y el material han de acumularse, en el que se concentren los elementos de combate destruyibles, tropas, reservas, artillería.

La configuración del terreno es lo que en cada caso ha de dictarnos la solución, que también dependerá de los medios con que se cuente y de sus características; así, si disponemos de una potente artillería de campaña, con buenos emplazamientos en cavernas, y morteros pesados, la organización puede ser más profunda y tener menos

importancia al alejar más de las playas a la Infantería, pues la Artillería y morteros batirán con toda eficacia lo que la Infantería no alcance; pero si nuestros medios artilleros son pobres o no seguros, la faja de terreno que hemos de dominar con nuestros fuegos tenemos que reducirla.

Si desde la orilla del mar trazamos líneas paralelas que definan el límite del alcance eficaz de cada arma, encontraremos las distancias a que estas han de establecerse, o sea, dos mil metros para la Infantería, de cuatro mil en adelante para los asentamientos de la Artillería, etc. más, como antes decíamos, el terreno es el que ofrecerá al artista, pues como arte la guerra se califica, la solución óptima.

El conjugar el terreno con los fuegos es la base sobre la que la defensiva descansa, y siendo las posibilidades de los fuegos una constante y sólo el terreno la variable, el estudio de éste es el que ha de imprimir su influencia en las soluciones.

Si examinamos las características de los terrenos en que los desembarcos suelen tener lugar, vemos están constituidos por playas extensas, con accesos fáciles hacia el interior, que facilitan el ponerse a caballo de alguna carretera o vía de penetración o que por estar muy próxima a ellos puede improvisarse su acceso.

Estas playas coinciden con los terrenos bajos de los valles y desembocaduras de los ríos y arroyos, y son tanto más numerosos cuanto más llana sea la comarca.

Tales playas discurren entre elevaciones de terrenos y cabos que las limitan y aparecen descarnados por la acción de los mares y de las aguas; por el centro de la playa suelen verterse hacia el mar las aguas del valle.

El terreno es frecuente se levante desde el mar en suave gradería, ofreciendo alturas y colinas que dominan el llano. En esa zona llana y en muchos casos triangular, que tiene su base en la playa, es donde ha de forzarse al enemigo a librar la batalla y donde necesitamos aniquilarlo.

Si analizamos el valor del terreno en esta zona del futuro campo de batalla, nos apercibimos de la importancia que nos dan los observatorios para asegurar la superioridad de nuestros fuegos de artillería y de mortero. Esto nos lo destaca como puntos sensibles a guardar.

Si del punto de vista activo pasamos al pasivo de aminorar los efectos del fuego enemigo, encontramos que esas elevaciones de terreno que a los flancos del campo de batalla se levantan, nos ofrecen en la mayoría de los casos cortaduras, desigualdades y pendientes rápidas con que poder abrigarnos, construyendo cavernas y obras flanqueantes a cubierto de las concentraciones artilleras de la Marina y de los fuegos de aviación.

La depresión central y en su caso las cortadas del terreno que el río o arroyo, al discurrir, habrá formado, también proporcionan la posibilidad de adelantar por él el centro del dispositivo, con vistas a aumentar la eficacia; y cuando la playa es muy amplia, el facilitar el cruzamiento de los fuegos de nuestra Infantería, aprovechándose de las características de su menor cota para escapar a la observación de la artillería marítima y obligarle a batir zonas.

Más como el enemigo tiene una voluntad y ha de pretender maniobrar el dispositivo que le preparemos y de apoderarse de uno o de ambos flancos para asegurar su zona vital, necesitamos darle a aquellos, seguridad y fortaleza, organizándolos amplia y profundamente con subelementos escaqueados fuera de las vistas del mar, donde encontrará la base principal de fuegos enemigos, sobre laderas y cañadas que, cruzando y cambiando fuegos, defiendan su espalda y hagan intangible los puntos base de nuestra superioridad.

El Jefe no ha de perder de vista que con el mar no ha de sostenerse duelos, que a él sólo interesa hurtarse a sus vistas y fuegos. La acción naval corresponde a la artillería de costa en la forma antes señalada, a las unidades navales y a las aéreas.

RESERVAS.

Una vez más hemos de repetir aquí lo considerado en la defensiva en general: que la acción del Mando se ejerce con las reservas y la artillería, y que en éste caso es más importante, por la amplitud de los frentes, el disponer siempre de reservas, y cuando las necesidades de la batalla las absorban, el volver rápidamente a constituir las.

En la defensa de costas todos los sectores en general serán pobres en tropas y a sus Jefes les parecerán escasísimos los medios asignados para asegurar la integridad del sector; si el Mando accediese a las peticiones de sus subordinados, podemos asegurar tendría perdida la batalla; ha de resistir, pues, con alegría a toda petición injustificada y establecer hipoteca sobre las tropas de que se desprenda. La acción principal del enemigo se desencadenará en uno o a lo más, en dos puntos, y allí necesitará el Jefe ser superior en medios y previsión, lo que no ocurrirá jamás si antes de tiempo se desprende de sus efectivos.

ESTRUCTURA DE LAS OBRAS.

Para la organización y estructura de las obras, tiene completa aplicación en este caso cuanto se dice en la primera parte de este trabajo para la defensiva en general.

Una operación de desembarco entraña para el atacante, gravísimas dificultades, que el defensor ha de tener previstas para acrecentarlas. No le basta sólo con asegurarse en tierra una cabeza de puente suficiente, sino que también ha de garantizar su mantenimiento, en especial el agua y las municiones, elementos claves cuya penuria es causa de un rápido desgaste; e iniciado el avance, poseer una vía para abastecimiento; por ello, el defensor, al discutirle el terreno defenderá el acceso a los manantiales o cursos de agua, con el fin de aumentarle sus dificultades o fatigas, y le obligará a una dura batalla de desgaste, que dificulte su municionamiento; ocupará, también, fuertemente las carreteras y puntos clave de las comunicaciones, para que aunque el ataque progrese, se vea dificultado, y llevará en general, a cabo todas aquellas medidas que en este orden contribuyan a su desgaste.

La defensa de los elementos de resistencia no debe conocer límites, ni servirle a nadie de justificación el que otros subelementos hayan cedido; en estas operaciones la importancia de extremar la resistencia y defenderse a toda costa es esencial, pues el tiempo y espacio es oro, tanto para defensor como para el atacante; así, todos los subelementos de resistencia de una organización defensiva deben estar preparados en agua, víveres y municiones para una prolongada resistencia.

Son tan graves las consecuencias de un fracaso en una operación de este orden, que el atacante procederá por todos los medios a asegurarse contra él, buscando en la sorpresa, los golpes de mano y acciones separadas coordinadas al apoderarse de puntos y alcanzar ventaja que faciliten el asegurarse una buena base de partida. Y en su consecuencia, han de jugar principal papel los pequeños desembarcos en los lugares abruptos considerados como inabordables, el lanzamiento de paracaidistas en las inmediaciones de determinados puntos importantes y dispuestas las fuerzas ligeras que han de caer rápidamente sobre los desembarcados.

Entre estos puntos vitales que hemos de asegurar aparecen desde los primeros momentos las baterías de costa y los aeródromos, y más tarde, en su segunda fase, el puerto o Base naval, que constituye el objetivo principal o inmediato del desembarco. Unos y otros han de evitar la acción paracaidista y los golpes de mano en la primera

fase, y llegando el caso de tener éxito el desembarco, dilatar notablemente la resistencia, evitando la ocupación.

Un punto de apoyo constituido por seis subelementos de resistencia, ampliamente espaciados, se consideran suficientes para asegurar una batería; tres puntos de apoyo exigirán aproximadamente, la guarda de un aeródromo, y un número de centros de resistencia en proporción a su perímetro sensible requerirá un puerto. Su importancia y efectivos disponibles aconsejarán si han de constituirse una o más zonas de resistencia. Todas estas obras cumplirán los preceptos generales establecidos para la organización defensiva, en profundidad y en ocultación de los posibles observatorios enemigos. En las figuras del apéndice se incluyen dos dispositivos de organización del campo de batalla: de Batallón y de Regimiento.

MEDIOS AÉREOS Y MARÍTIMOS.

Hemos indicado que en toda operación de desembarco tiene que acompañar el dominio del aire y del mar por parte del atacante, y por lo tanto, no hemos tenido en cuenta las limitaciones que en este orden pueda facilitar la aviación propia, ya que su intervención tan esporádica y débil que no constituye para la batalla un factor principal.

El único auxilio eficaz que en este orden la aviación propia puede presentarnos es en el de la vigilancia y observación, que nos permita observar el mar y enterarnos con tiempo suficiente de la presencia de los convoyes enemigos.

Cumplidos estos servicios de observación, el resto de los elementos aéreos y navales con que pudiera contarse deberá conservarse perfectamente ocultos para obrar por sorpresa en los momentos críticos de desembarco, o sea cuando las fuerzas embarcadas se dirigen sobre las playas y se acumulan las tropas y el material en ella.

Los medios que en este orden poseemos hemos de conservarlos y ocultarlos, evitando su destrucción, manteniendo enmascarados fuera de los aeródromos, con pistas de rodaje disimuladas que permitan el acceso a aquel.

Cuando la aviación no exista, son las fuerzas ligeras de la Marina a las que corresponde establecer la vigilancia y sustituir a los aviones en su acción contra los barcos. Los submarinos y lanchas rápidas así como los pequeños torpedos conducidos a mano en esta guerra, que conjugados con las emisiones de humos desde tierra constituirán un medio eficaz y barato de perturbación.

BASES NAVALES.

Un primer problema que origina confusión al organizar la defensa de las bases navales es el área, que han de tener confiada las fuerzas encargadas de su defensa. Y para ello han de tener confiada las fuerzas encargadas de su defensa. Y para ello hay que distinguir dos casos: que la base naval esté enclavada en un continente o ubicada en una isla.

Si está establecida en la metrópoli a la amplitud de su defensa hemos de poner un límite, pues el querer dar a ésta una gran extensión iría en menoscabo de su eficacia; y el Mando supremo dispone, en general de fuerzas y reservas para librarla de tan onerosa carga; si al contrario, se trata de una base naval sobre una isla, habrá que tener en cuenta su superficie y población, así como su estructura, pues tratándose de islas pequeñas, de poca población y terreno practicable, tiene más cuenta asegurar toda la integridad de la isla que abandonar parte de ésta y establecer frentes de tierra completamente ineficaces, ya que el enemigo desembarcado lo había de hacer con superioridad de medios y tomaría fácilmente, como tantas veces se demostró en la Historia, la base por la gola, lo que tampoco quiere decir no haya de llevarse a cabo para cualquier evento la organización defensiva de la gola de la base.

El terreno es el que verdaderamente señala los límites y caracteriza la decisión, ya que la existencia en lugares próximos de playas abrigadas, calas o penínsulas, pueden aconsejar el englobarlas en el sistema. Un radio de 25 km de la base parece normalmente suficiente. En muchos casos, el establecimiento de un sector o posición de resistencia destacada constituirá la adecuada solución.

Esta organización de campos de batalla destacados no quitan al Mando de la preocupación de organizar la retaguardia de la plaza, como línea de detención, una posición de resistencia, pero la que no deberá contarse para guarnecerla en su día con efectivos superiores a un cincuenta por ciento de los efectivos tales con que se contaba.

En todos estos problemas defensivos, de desproporción del número de tropas con los objetivos a guardar, hay que tener presente una regla militar, que es la de que todos los problemas tienen solución táctica, aunque muchas veces no la acertamos ver. Si nuestros medios son inferiores a la zona que hemos de cubrir, evidentemente no podremos establecerlos en fuerzas, pues carceríamos de efectivos e inmovilizaríamos nuestros medios de fuego y choque; es el caso típico de la cobertura; pero existirán vías de comunicación, pasos forzados, puntos sensibles, cortaduras, caminos, que podrán tenerse perfectamente asegurados con un mínimo de fuerzas, en condiciones de obligar al enemigo a montar un ataque y desgastarse contra ellos y aprovechar los momentos y las fuerzas con que contemos para, de día o de noche, según convenga, obligarle a entablar batalla en malas condiciones, una vez fijada su dirección. Muchas veces el armamento de gentes del país y su lucha como guerrilleros puede contribuir eficazmente a que el enemigo tenga que debilitarse y detenerse en una lucha difícil para la que no está preparado.

Las fuerzas desembarcadas son poco aptas para empeñar batallas contra sistemas fortificados que exigen tiempo, sacrificios de hombres y ríos de municiones; por ello cuantos esfuerzos se desarrollen en la preparación de los campos de batalla, en las defensas de los puntos sensibles de las comunicaciones y lugares vitales, han de proporcionar los más óptimos frutos.

ARCHIPIÉLAGOS.

Cuando una base naval esté establecida en una isla perteneciente a un archipiélago, conviene encuadrar el problema de su defensa en la de su conjunto, ya que las islas suelen tener entre ellas una relación de dependencia que se hace necesario analizar; ver si poseen aeródromos o terrenos en que puedan establecerse, circunstancia importante que decidirá su ocupación por el enemigo; si existen puertos o abrigos en las islas que puedan facilitar el estacionamiento de barcos o la improvisación de bases; si en ellas existen recursos que puedan constituir una reserva para el aprovisionamiento de las fuerzas desembarcadas. Han de examinarse y pesarse todas las circunstancias que puedan facilitar los propósitos enemigos.

En principio debe aceptarse como conveniente a la defensa de todas las islas de un archipiélago, aunque su guarnición y medios sean los proporcionados a su población y a su importancia, mientras con ello no debilite o perjudique la defensa de la principal. En todo caso, la organización de cada una ha de sujetarse a las mismas consideraciones que hemos establecido anteriormente.

MOVILIZACIÓN.

La limitación que una isla tiene en sus efectivos, ya que al no existir superioridad aeronaval no puede contar con refuerzos de la metrópoli, obliga al Mando a sacar el máximo partido de sus habitantes. La movilización en este orden no debe conocer límites: hombres, mujeres y niños, todos pueden tener un rendimiento en servicios

atemperados a su edad y sexo y dejar libres a los hombres jóvenes y fuertes para las misiones que exijan riesgos y fatigas. El estudio local del aprovechamiento de la población y recursos debe tenerse siempre lo más perfectamente preparado y sabido.

Fin